

Tabú, de Abraham Oceransky

Claudia Marín Inclán

Los hombres están destinados a no poder conocer nunca la verdad de los demás.

Gao Xingjian



© Escena de *Tabú*. Liliana Hernández, Arikel Geróm y Leonardo Hernández. Fotografía de Angélica Zamora Chong (2013).

Tabú, escrita y dirigida por Abraham Oceransky, es una compleja construcción dramática y actoral en la cual conviven mito, rito, sueño, realidad, lo profano y lo sacro. La obra surge de una investigación motivada del encuentro con el texto *Las suplicantes*, en ambas versiones (Esquilo y Eurípides). *Tabú* se estrenó el 31 de enero de 2013 en el Teatro La Libertad, espacio del Teatro Studio T, compañía a cargo de Oceransky en la ciudad de Xalapa, Veracruz. Yo asistí al reestreno de la obra en su breve temporada a partir del 10 de mayo del mismo año.

Los espectadores que entramos al espacio escénico pudimos ver a Oceransky sentado ante las consolas de iluminación y audio. Tras la segunda llamada, el director dejó los controles, se puso de pie y nos habló de la obra. No hubo programas de mano, y posteriormente el director me explicó que buscaba generar un contacto directo con el espectador: “El programa de mano es muy impersonal, no se trata de que la gente lea por su lado, sino que realmente se entere de dónde partimos”.¹

Después de la tercera llamada, entró a escena una mujer que tenía la piel púrpura, no pintada, sino cubierta con estambre. El tejido cubría su rostro, manos, piernas; “simulación de la negritud”, pensé. Un conejo apareció; entre ellos un romance inocente y onírico nos recordó el poder de las acciones. Hasta ese entonces ningún diálogo en escena, era la plasticidad del cuerpo la que comunicaba. El conejo salió de escena y la mujer de piel púrpura fue atacada (violada y asesinada) por unos seres con atuendos claramente alusivos al Ku Klux Klan.

La obra está ubicada en Memphis, Tennessee, en los años cuarenta. La investigación sobre Memphis, provincia Egipcia, de donde parte la tragedia *Las suplicantes*, evocó a Oceransky una liga directa por el nombre del lugar (Memphis) hacia Estados Unidos. Tras algunas exploraciones descubrió que en ambos lugares había pantanos, discriminación, asentamientos de negros y le pareció perfecto construir desde ahí el mundo griego antiguo.

La tragedia de las hermanas, Procné y Filomela, describe el matrimonio por conveniencia con un terrateniente egipcio. Este matrimonio tenía como objetivo generar el mal y romper un maleficio familiar. La obra muestra una constante contraposición de fuerzas; el dominio sobre la víctima y la venganza del débil cuando Filomela decide destruir al hijo que ha engendrado. “Son casos muy raros en la actualidad que sólo maten a sus hijos. En la nota roja se encuentra la muerte de toda la familia y un suicidio final, me interesó; ¿quién mataría a su hijo?, y, ¿por qué razón?” La obra desea mostrar las cosas que no pueden decirse, repercutiendo en diferentes niveles: actoral, plástico, musical, dramático y considerando la comunicación sensible con el espectador.

Una leyenda conocida y una historia simple, se hacen complejas porque la dramaturgia se construye en fragmentos, yuxtaponiendo espa-

¹ Todas las citas de Abraham Oceransky son de la entrevista personal realizada en el Teatro La Libertad, el 18 de mayo de 2013.

cios y tiempos diferentes. Oceransky genera un rompecabezas escénico, en el cual el mundo sensorial, sensitivo, intuitivo, mágico, sensual y erótico tiene cabida. Las acciones contundentes van enunciadas desde el silencio. La música y el trabajo vocal acompañan la fragmentación plástica.

Los cuerpos tienen su propia danza, su propia partitura y su propia historia; cuerpos que contienen deseos y frustración. La idea de no comprender todos los elementos que hay en escena es reconfortante porque el espectador puede dejarle a otras partes de su cuerpo la asimilación de la obra, no sólo a su cerebro. La dirección, la actuación, la dramaturgia, la escenografía y la iluminación parten de un proceso en conjunto, van construyéndose unos con otros, no son ajenos. Los vestuarios son alusivos al sur de Estados Unidos de los años cuarenta. La estética de la escena es impecable, las formas, los cuerpos, los trazos, son una pieza completa. La escenografía es un dispositivo parecido al sistema giratorio del escenario griego. Podemos ubicarnos en los pantanos con un ciclorama abierto, luego aforando el espacio con paredes movilizadas se crean las habitaciones, cada elemento construido por el director y los actores. La iluminación construye en complicidad de crear espacios lúgubres que transiten de una atmósfera a otra.

Durante la representación hubo diferentes reacciones del público que parecían provenientes de la ansiedad e inquietud. Un hombre que estaba en la primera fila salió y entró dos veces; una mujer con su hija salieron en los primeros treinta minutos, la niña se agarraba el estómago, se miraban algo alteradas; los



© Escena de *Tabú*. Arikel Geróm, Sandra Perea y Berenice Beaven. Fotografía de Angélica Zamora Chong (2013).

demás asistentes aplaudieron, algunos parecían complacidos y otros mostraban rostros confusos.

Me sorprendió ver cómo los actores crearon imágenes escénicas como si fueran cuadros plásticos que se diluían. Pinturas en movimiento que en ocasiones hablaban, pero que todo el tiempo estaban comunicando. *Tabú* no es un teatro de diálogo; el trabajo vocal es exagerado, buscando una estética que salga de la realidad. No estamos viendo un hiperrealismo en escena o la imitación de la realidad, por el contrario, observamos imágenes provocadoras que llegan a coquetear con los espectadores, a componer belleza y luego, fugazmente, a lanzar un zarpazo hacia el miedo y el terror. El director me explicó que “los actores están entrenados con diferentes técnicas, entre ellas orientales, para poder trabajar su energía y comunicar el miedo u otras sensaciones; no lo dicen, pero puede sentirse” (Oceransky 2013).

La obra no quiere hablar de la razón lógica sino desafiarla. Desafiar al cuerpo de los intérpretes, la sensibilidad de los espectadores, incluso si los fastidian o los llevan al hartazgo, porque construyen sueños que se tornan en pesadillas. Pesadillas con la posibilidad de tornarse en realidad de forma abrumadora. Por ello, la razón y la lógica no pueden ser los únicos lugares donde la experiencia del sueño impacte a cada individuo, sino lugares dentro del inconsciente.

La obra con sus diferentes niveles de comunicación: verbal, no verbal, sensorial y sensible, produce conexiones personales. Cada espectador puede conocer la anécdota o no, y aún así podrá relacionar lo que ve en *Tabú* con su historia personal por los símbolos manejados en ella. En *Tabú* vemos un planteamiento escénico armonioso entre los actores, la música, la escenografía y el texto, todo se genera a partir de un trabajo holístico. Los actores tienen una profunda y sensible capacidad de creación en los detalles de producción, dirección y dramaturgia. Juego escénico en el que la musicalidad y la danza rebasan la mera palabra y el movimiento. Elementos diluidos, parecidos a un sueño o una pesadilla.

Ficha Técnica de *Tabú*

Estreno: 31 de enero de 2013, Teatro La Libertad, Xalapa, Ver.

Libreto y dirección: Abraham Oceransky

Producción: Teatro Studio T

Escenografía, vestuario e iluminación: creación colectiva
de Teatro Studio T

Elenco: Liliana Hernández, Arikel Geróm, Sandra Perea,
Leonardo Hernández, Berenice Beaven, Metzner Mandujano